

ALBA QUILES SÁNCHEZ

3-ESO

NTRA. SRA. DE
FÁTIMA

Coordinador de mediación del centro: Carlos
Muñoz Pérez

Diana relató cada uno de los momentos en los que se había sentido como una sombra, pisoteada e ignorada por el resto. Su profesor le había citado al darse cuenta de la importancia del asunto, y ahí estaba.

Al principio se sentía cohibida por contar aquello que tanto le había herido, pero poco a poco, sus palabras fueron cogiendo fuerza y sintió como si hubiese encontrado un destello de luz en medio de la penumbra sin final.

Tania, aquella chica alta, rubia, de ojos claros y con gran facilidad para hacer amistades, aquella que había sido amiga íntima suya un año atrás, había hecho cantidad de acciones ofensivas contra ella por celos a que le pudiese remplazar. Hasta el momento le había salido bien, pero ya era hora de decir basta.

Después de que Diana saliese de la sala con su cobrizo y liso cabello ocultándole el rostro, fue el turno de Tania para hablar con el mediador. Ella no entendía por qué se habían tomado unas medidas tan desmesuradas con el caso. Era verdad que, en ocasiones, veía la cara de pavor de la pelirroja ante la situación, pero eso le hacía sentirse poderosa. Ya que no se sentía apoyada desde casa, qué menos que estar bien en su entorno social. Sin saber cómo, se sinceró en aquel momento y se sintió aliviada por hacerlo.

Pasado un tiempo, llegó el momento que las dos menos ansiaban. Debían acudir a la última parte de la mediación, y debían hacerlo juntas, en la misma sala. El mediador se mostraba atento y con aspecto confiable, siempre abierto a escuchar a los dos bandos con la misma atención. Además de él, Diana pensó que era una oportunidad para que Tania le escuchase a intentase empatizar con ella. Si algo había aprendido de lo que había comentado aquel hombre antes, era que no había que evadir el problema, sino entenderlo y sacar una solución adelante. Y ella no pensaba achantarse ahora.

Soltó todo lo que llevaba dentro en el momento indicando, sabiendo que debía ser prudente con sus palabras. Entonces, notó como los fríos ojos de Tania se derretían, dejando ver una profunda muestra de arrepentimiento y se disculpó con una sonrisa sincera. Había merecido la pena. Quizás esa no sería una historia de amistad eterna, pero era el final que ella había deseado. Era una reconciliación que quedaría guardada para siempre entre el recuerdo de esa sonrisa.